

«Acompañar a la humanidad en todos sus procesos» (EG 24)

Formación permanente del clero

Casa diocesana, 11 de noviembre de 2019

Nos han pedido tratar esta mañana la cuestión del acompañamiento espiritual desde el punto de vista del acompañante. Lo hago con mucho respeto, no solo por acertar en lo que pueda decir, sino porque antes de hablar, uno tiene que pasar sus palabras por el filtro de su propia vida... y no siempre sale bien parado. Además, nos asomamos a una materia en la que todos somos aprendices, invitados. Acompañar significa asomarnos con asombro a la experiencia de otro:

El acompañamiento espiritual, sea cual sea la manera de entenderlo, tiene que ver con lo más íntimo, personal e inviolable de las personas. Quien desempeña la tarea de acompañante solo puede hacerlo desde la absoluta modestia de sentir que *se le permite la entrada*; desde la humildad de quien sabe que *se le invita a participar*, y solo como acompañante, en el camino del Espíritu que recorre la persona acompañada¹.

Divido la presentación en dos partes: una, sobre el acompañamiento según las claves del papa Francisco. El Papa insiste con frecuencia en verbos como *acompañar*, *discernir*, y trataremos de ver qué pide concretamente su magisterio y cómo nos da pistas para el acompañamiento que podemos ejercer. La segunda parte trataremos de ver si existe relación entre el acompañamiento que ejercemos y nuestra espiritualidad sacerdotal; si hay un «estilo del pastor» a la hora de acompañar y, de paso, también a la hora de ser acompañados.

Mañana la charla de Adrián López será quizás más práctica y más técnica. Mucho más de lo que yo pueda decir, os recomiendo un par de libros para quien quiera profundizar en este tema. Uno, del jesuita Luis María García Domínguez, *El libro del discípulo*, que trata del acompañamiento desde la perspectiva del acompañado, de manera muy concreta, con pistas sobre qué hablar, cómo plantear el diálogo... Está en *Sal Terrae*. El otro, de Darío Mollá, también jesuita, que nos acompañará en una de las tandas de los próximos ejercicios espirituales: *De acompañante a acompañante*. Es un libro de otro estilo, sobre la «espiritualidad del acompañamiento» y las actitudes interiores de quien presta este servicio. En *Narcea*.

¹ J.M.RAMBLA, «“No anticiparse al Espíritu”. Variaciones sobre el acompañamiento espiritual», *Sal Terrae* 85 (1997) 619.

1. Un tiempo idóneo para el acompañamiento

Acompañamiento y discernimiento son dos términos que parecen estar de moda: el magisterio de Francisco los ha traído a primer plano en todos los ámbitos de la pastoral, juvenil, familiar... Aparecen como claves de sus grandes documentos, *Amoris laetitia*, *Christus vivit*, en la *Ratio* para la formación del clero... Ojalá no se queden en modas pasajeras, como puede haber ocurrido con otras ideas o proyectos pastorales. No ocurrirá, porque son realidades que nacen de la mejor tradición de la Iglesia.

El año pasado dedicamos estas mismas jornadas de formación permanente a la primera de esas claves, el discernimiento. Este año se nos pide ahondar en nuestro papel como acompañantes en la fe. Digo que se trata de una realidad que está en la entraña de la mejor tradición pastoral de nuestra Iglesia: desde los comienzos la transmisión *personal* de la fe, uno a uno, y la guía de alguien más experimentado ha constituido un modo privilegiado crecer en el seguimiento del Señor. La historia de la espiritualidad es testigo del tesoro que constituye alguien que nos despeje el camino, nos advierta de las dificultades, nos levante en las caídas y nos ayude a discernir las señales de Dios en la vida cotidiana. Solo como muestra recordamos la advertencia de san Francisco de Sales, que —en el lenguaje de su tiempo— recobra validez con la insistencia del Papa: «¿Quieres emprender con seguridad el camino de la devoción? Busca un hombre que te guíe y acompañe. Este es el consejo de los consejos»². *Alguien que te guíe y te acompañe. Este es el consejo de los consejos.*

Sin embargo, no creemos solo que el acompañamiento siga constituyendo hoy una realidad necesaria porque lo haya sido en el pasado, sino porque el presente también nos lanza señales a las que hay que prestar atención:

– Vivimos en un mundo de relaciones virtuales, anónimas. Contamos por cientos nuestros *amigos* de *Facebook*, a los que a veces ni hemos encontrado en persona. Nuestros adolescentes (y adultos...) son capaces de pasar horas en conversación por *whatsapp*, pero luego les resulta difícil cruzar dos frases profundas en la mesa (me llamó la atención, en los campamentos diocesanos de adolescentes, el caudal emotivo de los chavales, mucho mayor que cuando yo tenía su edad. «¡Es que nunca tenemos ocasión de hablar así!», decía alguno). Para los bancos somos clientes. Los partidos políticos tratan de captar nuestro voto con una circular que empieza «Querido Sr./Sra. X»... Nunca hemos estado tan comunicados y, posiblemente, nunca ha habido tantos problemas de soledad.

En esta *sociedad anónima*, la Iglesia ofrece una oportunidad de tejer relaciones personales, *reales*, con cara y corazón. En un tiempo, el templo

² SAN FRANCISCO DE SALES, *Introducción a la vida devota*, IV, I.

parroquial era el centro geográfico y psicológico de la vida del pueblo. Hoy la Iglesia sigue originando múltiples ocasiones de encuentro y de construcción de relaciones, donde la persona se sienta valorada e importante *una a una*.

– Sin embargo, las relaciones no son solo un cauce de humanización, son también un cauce, una posibilidad de *acompañamiento en la fe*. Recordaréis que el papa Francisco, en su preciosa exhortación apostólica *Gaudete et exsultate*, sobre la santidad, ofrece cinco grandes «notas de la santidad en el mundo actual»: el aguante y la paciencia; la alegría y el sentido del humor; la audacia y el fervor; *la vida en comunidad* y la oración. Dice el Papa que son cinco grandes «manifestaciones de amor a Dios y al prójimo» (GE 111). Francisco insiste en que «la santificación es un camino comunitario, de dos en dos» (GE 141). Aquello que la Iglesia ha mantenido siempre: «Un cristiano solo no es cristiano». Francisco añade: «Vivir y trabajar con otros es sin duda un camino de desarrollo espiritual» (GE 141). Por supuesto, no porque los demás sean la *máxima penitencia*, como contaban los antiguos monjes, sino porque la convivencia me pule, me enriquece, me aporta. Porque Dios me da hermanos con los que caminar. Nuestro desafío constante es convertir esas relaciones humanas —con todas sus limitaciones— en *fraternidad*, en *comunión*.

– En tercer lugar, el Papa, además, insiste siempre en la importancia de los procesos, de «suscitar y acompañar procesos, no imponer trayectos» (CV 297, cf. EG 222). Un cristiano no se hace puntualmente, en un momento. Todos sabemos el camino largo que hemos necesitado para llegar hasta aquí... y el que nos queda. Hoy vivimos fragmentados, a ratos, por el impulso del momento: lo queremos *todo y ya*, cuando las cosas importantes de la vida —la buena cocina, la amistad, una carrera, una vocación, un matrimonio, la fe— requieren tiempo y «cocción lenta». Nosotros a veces buscamos calentar con microondas lo que requiere la paciencia de la cocina de la abuela, si queremos que salga bien, como le salía a ella. También pastoralmente: quizás conseguimos público para charlas, cursillos, pero nos cuesta insertar a la gente en procesos largos y cuidados, que son los que verdaderamente calan. El Papa insiste en que hace falta «trabajar a largo plazo, sin obsesionarse por resultados inmediatos» (EG 223), «tener presente el horizonte, asumir los procesos posibles y el camino largo» (EG 224).

Creemos que este marco es una ocasión favorable para retomar el acompañamiento personal como una clave para el crecimiento en la fe:

– En la parroquia, sin duda, como en cualquiera de nuestros ámbitos pastorales, se tejen relaciones humanas, donde dejamos de ser anónimos. La acogida, aunque sea para un trámite aparentemente burocrático, las reuniones, los encuentros, las caras familiares con las que compartimos la eucaristía durante años, van extendiendo una red donde somos más que *rostros*. En particular, el acompañamiento espiritual ofrece una relación en la que se valora a la persona en

sí misma, se la escucha tal cual se encuentra; permite una comunicación profunda, la posibilidad de expresar la propia historia. Justo aquello en que insiste el Papa: «Darle a nuestro caminar el ritmo sanador de la proximidad» (EG 169).

– Por otro lado, decíamos, las nuestras no son solo relaciones humanas, sino entre creyentes. La *relación* se convierte en *fraternidad*. Sin ponernos dramáticos, no hace falta insistir en los obstáculos que encara hoy el cristiano europeo, ya sea el joven que empieza a conocer a fondo a Jesús y no encuentra compañeros que comprendan su entusiasmo, el matrimonio que se esfuerza en transmitir la fe a sus hijos o el profesional creyente que tiene que decidir en situaciones complicadas. La soledad es uno de los grandes adversarios del creyente. Necesita «creer con otros», reconocer rostros que, en medio del anonimato de la ciudad, hayan descubierto la fe en el mismo Señor.

Ahí encuentra su espacio el acompañamiento espiritual, como oferta valiosa de la Iglesia para esa *fe en camino*. Quizás durante un tiempo la pastoral ha privilegiado la experiencia de grupo, importante sin duda: el compartir ideas, oración, objetivos, ayuda a forjar al joven y enriquece al adulto. Pero hoy recordamos —si es que alguna vez se olvidó— que el «uno a uno» resulta insustituible. Recorrer el camino del seguimiento con alguien que nos acompaña, en una sociedad en que prima la relación distante y *virtual*, es una vía abierta al encuentro con Jesucristo y una manera inestimable de dar solidez a la fe personal.

– Y, finalmente, el acompañamiento se inserta en un *proceso* prolongado: no hablamos de una consulta ocasional, de la confesión esporádica —que tienen indudablemente su valor—, sino de una *relación*, que, por tanto, necesita tiempo para consolidarse y va dejando huella poco a poco. Es un proceso *por goteo*, pero que a la larga va puliendo y nos ayuda a contemplar nuestra vida ante un testigo a quien se la abrimos. Se va convirtiendo en un proceso de *formación en la fe*. No parece casual que la nueva *Ratio*, el plan de formación para seminarios y sacerdotes, cuando habla de los «medios para la formación», en la práctica *solo señale uno*: el acompañamiento personal y comunitario. El mismo criterio se puede aplicar todo cristiano: todo bautizado, no solo el sacerdote, está llamado a vivir en un seguimiento del Señor que significa configuración permanente con él —formación continua, diríamos—. El acompañamiento constituye un cauce idóneo para este proceso, para madurar en la oración, para la lectura creyente de la propia vida, para mantenernos dóciles al Espíritu... Una relación así, única, no se improvisa, no se forja en un momento, pero tampoco se rompe a la primera.

Queremos comprobar esta mañana que el acompañamiento espiritual se encuentra en plena sintonía con el modo como la Iglesia se plantea la misión, la santidad, el seguimiento, en tiempos de Francisco. Y puede ayudarnos a volver a tomar conciencia de nuestro papel como acompañantes y a valorarlo. Ajetreados

de pueblo en pueblo, de reunión en reunión, con las prisas de la agenda, todos tenemos conciencia de la importancia del cuidado de los fieles «uno a uno» y, a la vez, la «mala conciencia» de que no logramos dedicarle el tiempo que merecería. Quizás el empleo de nuestro tiempo también necesite un discernimiento, esa otra clave en que insiste el papa Francisco...

Es cierto —en eso imagino que coincidiremos la mayoría— que tampoco tenemos una lista de espera de fieles deseosos de acompañamiento; que normalmente no se nos amontonan los jóvenes en el despacho o en el confesionario; aunque, si lo miramos desde la perspectiva opuesta, sí hay un cierto lamento por parte del pueblo de Dios por nuestras escasas posibilidades de tiempo para la atención personal. A veces, cuando favorecemos las condiciones, brota agua de donde menos se espera.

2. *Evangelii gaudium*: una Iglesia que acompaña

En otoño de 2013 —¡hace seis años ya!— publicó el papa Francisco la exhortación *Evangelii gaudium*, que es su «programa pastoral», las líneas que luego han ido configurando su pontificado. Todos documentos posteriores, sobre la familia, los jóvenes, el cuidado del medio ambiente, la santidad, encuentran en EG su fuente. Es como un pozo del que siempre, cuando te acercas a él, puedes beber, te ofrece intuiciones de oro.

En EG Francisco también trata el tema del acompañamiento, con más extensión que en ningún documento pontificio anterior. Insiste en cuestiones de fondo y en aplicaciones concretas: por un lado, el Papa le dedica específicamente cuatro puntos; por otro —a mi parecer, aún más importante— *encuadra* el acompañamiento en el proceso de la misión.

2.1 «Acompañar a la humanidad en todos sus procesos» (EG 24)

En EG 24 el papa Francisco presenta cinco verbos que conforman el itinerario que ha de seguir la Iglesia *en salida*: «primerear, involucrarse, acompañar, fructificar y festejar». El *acompañar* ocupa justo el centro del proceso:

– a imagen del Padre, la comunidad cristiana está llamada a *dar el primer paso* en el amor; nuestra actividad debe transparentar el principio fundamental de la *primacía de la gracia*: Dios siempre se adelanta, llega antes que nosotros, nos espera, nos regala. La actividad de la Iglesia debe reflejar ese *modo de ser* de Dios;

– como el Señor Jesús, debe *implicarse* poniéndose de rodillas para servir los demás: constantemente el Papa insiste en *salir del centro*, en *acudir a las periferias*, sabiendo que esa actitud nos desinstala, nos deja más frágiles; implicarnos nos *mancha las manos*... pero mejor una Iglesia accidentada, que una Iglesia que no se arriesga;

– la Iglesia *acompaña* «a la humanidad en todos sus procesos, por más duros y prolongados que sean»;

– a ejemplo del sembrador, esperará que el trigo *dé fruto* sin alarmarse por la cizaña; un fruto que con frecuencia no será blanco ni negro, sino en una gran variedad de tonos de gris; no el que nosotros esperemos, sino el que la gracia y la respuesta humana hayan hecho posible;

– y *celebrará* gozosamente «cada paso adelante [...] con la belleza de la liturgia». La alegría de comunicar lo que hemos recibido es ya motivo de gozo compartido.

Son cinco grandes actitudes de un proceso propuesto a toda la acción pastoral de la Iglesia en general y, en concreto, a cada cristiano³.

Insistimos en que el *acompañar* se sitúa justo en el centro del proceso, como su corazón. Este *acompañar* del que escribe el Papa y que pertenece a la *misión* de la Iglesia no parece referirse específicamente al acompañamiento *espiritual* propiamente dicho, aunque tampoco lo excluye, sino a ese modo cercano y paciente de anunciar y vivir el evangelio — o simplemente de vivir —, atento a *cada persona*⁴.

El acompañamiento no se presenta como una acción aislada; no encuentra su puesto únicamente en itinerarios formativos concretos (noviciados, seminarios, pastoral juvenil...) o en la atención a determinados tipos de cristianos, sino «en el ámbito del servicio a la misión evangelizadora» (EG 173). Es decir, toda la pastoral de la Iglesia debe funcionar en esta clave: la Iglesia es la que acompaña, se preocupa por el otro *uno a uno*, por su proceso, por su ritmo, de modo que *cada uno sea importante*. Quizás lo resumiría todo con esa expresión, sí: *que cada uno sea importante*, con sus circunstancias, sus talentos, sus caídas y potenciales, sus alegrías.

Ciertamente, esa cercanía ha querido ser una constante en la Iglesia desde sus orígenes: en el mundo de los enfermos, de la educación, en la catequesis; en la atención al mundo rural, donde pocos más se hacen ya presentes; en tierras de misión o en los infinitos ámbitos de la marginación... Pero hoy, en una sociedad «herida de anonimato» — afirmará Francisco más adelante — estamos

³ «Cada cristiano y cada comunidad discernirá cuál es el camino que el Señor le pide, pero todos somos invitados a aceptar este llamado: salir de la propia comodidad y atreverse a llegar a todas las periferias que necesiten la luz del Evangelio» (EG 20).

⁴ «Cada persona es digna de nuestra entrega [...]. Cada uno es inmensamente sagrado [...]. Si logro ayudar a una sola persona a vivir mejor, eso ya justifica la entrega de mi vida» (EG 274).

especialmente llamados a «desarrollar el gusto espiritual de estar cerca de la vida de la gente» (EG 268).

Creo que resulta fácil insertar nuestra labor pastoral en ese esquema de la labor evangelizadora: *primerear, involucrarnos...* El *acompañar* se convierte en el estilo, en el modo en que se ha de desarrollar la tarea evangelizadora de la parroquia, de la diócesis, la tarea propia de cada uno. Es la Iglesia quien inicia y acompaña, en sentido amplio, en el seguimiento de Cristo. La vida parroquial suele ser su rostro visible —no el único— mediante la preocupación por *cada uno* en el trato cotidiano, en la catequesis, en la atención de Cáritas o de los enfermos, en nuestro propio pastoreo.

2.2 *El acompañamiento personal de los procesos de crecimiento*

Los números 169 a 173 de EG parecen dar un paso más. Se presentan bajo el epígrafe «el acompañamiento personal de los procesos de crecimiento». Esta vez sí es el acompañamiento espiritual, tal como normalmente lo entendemos, el que se relaciona con los mismos *procesos* que ya aparecían en el número 24 referidos a toda la misión de la Iglesia.

Francisco no ofrece una definición ni un pensamiento sistemático sobre el acompañamiento, sino algunas claves espirituales y pastorales que lo han de orientar.

– El acompañamiento trata de hacer presente a Jesús, su «fragancia», su «mirada personal»; pretende «llevar más y más a Dios»: en coherencia con todo el documento, erraría un acompañamiento que buscase únicamente la autorrealización o cerrase al individuo en sí mismo. Se trata de «una peregrinación con Cristo hacia el Padre» (EG 170).

– El Papa insiste en dos cualidades necesarias para acompañar: la *escucha* respetuosa y compasiva; y la *paciencia* ante el proceso del individuo y los caminos de la gracia en él. Se trata siempre de ayudar a crecer a la persona sin renunciar al paso posible, pero sin emitir juicios sobre responsabilidad y culpabilidad (cf. EG 172)⁵.

– La urgencia de este «arte del acompañamiento» requiere formar *sacerdotes, religiosos, laicos; hombres y mujeres*, que, a ejemplo de Pablo con Timoteo y Tito, acompañen y formen en medio de la actividad apostólica.

⁵ Francisco recuerda que «la organicidad de las virtudes se da siempre y necesariamente “in habitu”, aunque los condicionamientos puedan dificultar las *operaciones* de esos hábitos virtuosos» (*ibíd.* 171). En diversos lugares de la exhortación el Papa anima a que se dé el paso *posible*, aún a riesgo de «mancharse con el barro del camino» (cf. *ibíd.* 44-45).

Si el acompañamiento había caído en el desuso o se había sometido a crítica, la exhortación del Papa renueva su urgencia y lo sitúa no como una tarea accesoria, sino en la misma misión de la Iglesia.

3. Algunas claves importantes

Si nos detenemos un poco, podemos aterrizar en algunos de estos rasgos que plantea el Papa como claves para que *despegue* un acompañamiento.

3.1 Acompañamiento espiritual, es decir, de toda la persona

Venimos hablando de *acompañamiento espiritual*, que es el término que suele emplear Francisco; Juan Pablo II solía hablar de *dirección espiritual*. No discutimos sobre los términos, sean otros más tradicionales, como el de *paternidad* o más modernos, como el de *counselling*. Cada término aporta matices propios con los que podemos estar más o menos en sintonía. En todo caso, no hablamos una ciencia exacta, como las matemáticas: caben distintos estilos. Discutir sobre los términos podría hacer olvidar que la paternidad, dirección o acompañamiento es, ante todo, *espiritual*.

Hablar de «espiritual» da pie a la vaguedad en el lenguaje cotidiano: en el lenguaje diario suele referirse a lo «interior», a lo abstracto, lo misterioso y poco práctico. Entendido en sentido neotestamentario, «espiritual» significa «del Espíritu Santo», «en el Espíritu Santo». Al hablar de acompañamiento *espiritual*, el adjetivo califica de manera definitiva todo el proceso, porque señala el papel, la primacía indiscutible del Espíritu Santo.

Se insiste mucho —y quizás no siempre seamos consecuentes con este principio— en que *el auténtico director es el Espíritu Santo*. El acompañamiento es un «diálogo a tres bandas» en que ambos, acompañante y acompañado son discípulos del único Maestro interior: se trata no de que *se escuchen el uno al otro*, sino de que cada uno *escuche al Espíritu a través del otro*. Se evita así el dogmatismo en el director y la excesiva dependencia en el dirigido⁶.

Se desprenden algunas consecuencias del carácter *espiritual* del acompañamiento: por una parte, hablar de acompañamiento como *espiritual* no lo limita solo a un aspecto particular de la existencia del acompañado. La acción del Espíritu no se reduce a la «vida interior», sino que impregna todas las dimensiones

⁶ Recordamos cómo San Juan de la Cruz es duro en su crítica a los maestros que «hacen mucho daño a las almas, porque, no entendiendo ellos las vías y propiedades del Espíritu, de ordinario hacen perder a las almas la unción de estos delicados ungüentos con que el Espíritu Santo les va ungiendo y disponiendo para sí, instruyéndolas por otros modos rateros que ellos han usado o leído por ahí, que no sirven más que para principiantes» (JUAN DE LA CRUZ, *Llama* 3,31).

del seguidor de Jesús; no se superpone a la naturaleza humana, sino que toma cuerpo en ella. En el régimen de la encarnación resulta imposible separar con un bisturí los elementos exclusivamente «naturales» de aquellos únicamente «espirituales». Si el seguimiento implica a *toda la persona*, el acompañamiento se referirá también a *toda la persona*: vida individual y colectiva, asuntos explícitamente de fe y asuntos profanos; la oración, los afectos, el trabajo y las convicciones intelectuales; la distribución del dinero y del tiempo, asuntos claramente de fe y asuntos profanos⁷.

3.2 *La centralidad de la persona de Jesús*

El trabajo del Espíritu Santo no es otro que modelar en nosotros los rasgos del Hijo, *hacernos parecidos a Jesús*. En *Gaudete et exsultate*, Francisco recuerda que en eso consiste la santidad: «La santidad se mide por la estatura que Cristo alcanza en nosotros, por el grado como, con la fuerza del Espíritu Santo, modelamos toda nuestra vida según la suya» (GE 21). Cada creyente se asociará a la persona de Jesús de una manera personal, cada relación con él es única.

En el cimiento de cualquier itinerario de dirección espiritual no hay solo un modelo o un marco de referencia ideológico o moral, aunque esté fundado sobre la Revelación de Dios, sino sobre todo un modelo teológico-antropológico personal, es decir, una persona, *la persona de Jesús*. El corazón del acompañamiento espiritual será *que Cristo se configure en el acompañado*, en un proceso que solo lentamente, con paciencia, va armonizando las distintas dimensiones de la vida con la opción fundamental por el Señor: el seguimiento no es un camino libre de conflictos y fricciones, internos y con el ambiente; en él se repetirán las caídas y los pasos adelante y atrás. La configuración con Cristo es un recorrido gradual donde interactúan la gracia de Dios y la libertad humana.

Nos encontramos con la condición fundamental para el acompañamiento por parte del acompañado: hablar de acompañamiento espiritual carece de sentido si no nos situamos en esta perspectiva de la centralidad de la persona de Jesús. Sin el deseo de *más*, sin una chispa de fascinación por Jesús y una voluntad, al menos inicial, de caminar por los senderos del evangelio, faltaría el contenido básico para iniciar un acompañamiento espiritual⁸.

⁷ L.M. GARCÍA DOMÍNGUEZ, *El libro del discípulo*, 41-80, desarrolla los múltiples contenidos de los que se puede hablar en la entrevista de acompañamiento, referidos a todas las facetas de la vida del acompañado donde efectivamente se realiza el seguimiento. Ciertamente, afirmar que *toda la vida del cristiano* es objeto del acompañamiento y no solo la llamada «vida interior» no significa olvidar la centralidad de la oración en el proceso.

⁸ En esta línea se expresa también la Congregación para el Clero: «Sin el deseo sincero de santidad, que equivale a practicar las bienaventuranzas y el mandamiento del amor, no existe

Con frecuencia —decíamos— escuchamos lamentos sobre la dificultad de encontrar un acompañante, por falta de tiempo, disponibilidad o aptitudes. Sin embargo, en condiciones normales, para que una relación de acompañamiento *funcione*, parece más importante la actitud del acompañado en este sentido, su *deseo de más*, de crecer, su *deseo de Jesús* en definitiva, que las habilidades del acompañante.

3.3 La escucha

Decía que el Papa apunta dos actitudes fundamentales para el acompañamiento: la escucha y la paciencia. En su exhortación posterior al sínodo de los jóvenes, *Christus vivit*, Francisco insiste en la escucha como primer paso, imprescindible. Entresaco algunas ideas que nos vienen bien:

La primera *sensibilidad* o atención es a *la persona*. Se trata de escuchar al otro que se nos está dando él mismo en sus palabras. El signo de esta escucha es el tiempo que le dedico al otro. No es cuestión de cantidad, sino de que el otro sienta que mi tiempo es suyo: el que él necesita para expresarme lo que quiera. Él debe sentir que lo escucho incondicionalmente, sin escandalizarme, sin molestarlo, sin cansarlo. Esta escucha es la que el Señor ejercita cuando se pone a caminar al lado de los discípulos de Emaús y los acompaña largo rato por un camino que iba en dirección opuesta a la dirección correcta (CV 292).

La escucha tiene valor en sí misma, ayuda a crear una relación que es valiosa en sí misma. El signo es «el tiempo que le dedico al otro». Y tiempo de calidad: aunque sean pocos minutos, que la persona sepa que esos minutos son para ella, que no estamos mirando el reloj con impaciencia. «Sin escandalizarme, sin molestarlo, sin cansarlo». Llama la atención en esas audiencias interminables con el Papa, cómo tiene una palabra para cada uno, como si no existiera nadie más en el mundo... a pesar de una cola que no se acaba.

Una relación cordial tiene ya valor terapéutico: saber que hay alguien a quien se puede acudir sin condiciones, que acoge y comprende en cualquier circunstancia, crea un colchón, un ámbito de seguridad, de franqueza, al que siempre se puede acudir. Por eso mismo no creo que convenga limitar los encuentros de acompañamiento a los momentos en que las cosas «van mal», acudir al acompañante cuando hay problemas que resolver. Nadie dice que solo los momentos duros del seguimiento deban ser acompañados. La vida cotidiana, sanamente ordinaria, merece ser igualmente acompañada y discernida —san Ignacio de Loyola nos recordará que *también la consolación puede ser engañosa*—. Y, sobre todo, mantener abierto el canal de comunicación, viva la

tampoco el objetivo específico de la dirección espiritual en la vida cristiana» (*El sacerdote, confesor y director espiritual, ministro de la misericordia divina*, 80).

relación, favorecerá poder volver a ella en momentos de dificultad: si me viene un bache, pero hace demasiado tiempo que no nos vemos, quizás me dé vergüenza volver a llamar a la puerta. Si el vínculo sigue fresco, si el hilo sigue abierto, me será más fácil acudir con mi historia a cuestras.

Sin embargo, escuchar no significa pasividad: permite y exige dar pasos adelante. Escuchar permite discernir:

preguntarme qué me está diciendo exactamente esa persona, qué me quiere decir, qué desea que comprenda de lo que le pasa [...]. Esta escucha se orienta a discernir las palabras salvadoras del buen Espíritu, que nos propone la verdad del Señor, pero también las trampas del mal espíritu [...]. Hay que tener la valentía, el cariño y la delicadeza necesarios para ayudar al otro a reconocer la verdad y los engaños o excusas (CV 293).

Escuchar significa favorecer los impulsos que el otro experimenta «hacia delante», en ayudar a dar «el paso posible». Resulta fundamental esta insistencia de Francisco en el *bien posible*, que para cada uno será distinto, según su velocidad, sus posibilidades, su historia... No creamos *clones*.

Hay que acompañar con misericordia y paciencia las etapas posibles de crecimiento de las personas que se van construyendo día a día. A los sacerdotes les recuerdo que el confesionario no debe ser una sala de torturas sino el lugar de la misericordia del Señor que nos estimula a hacer el *bien posible*. Un pequeño paso, en medio de grandes límites humanos, puede ser más agradable a Dios que la vida exteriormente correcta de quien transcurre sus días sin enfrentar importantes dificultades. A todos debe llegar el consuelo y el estímulo del amor salvífico de Dios, que obra misteriosamente en cada persona, más allá de sus defectos y caídas (EG 44).

Plantear el bien posible supone un giro frente a la doctrina tradicional del *mal menor*. El bien posible estimula, anima a dar pasos adelante. El mal menor conlleva resignación. La búsqueda del *bien posible* es una consecuencia del *modo de ser* de Dios:

Nadie es más paciente que el Padre Dios, nadie comprende y espera como Él. Invita siempre a dar un paso más, pero no exige una respuesta plena si todavía no hemos recorrido el camino que la hace posible. Simplemente quiere que miremos con sinceridad la propia existencia y la presentemos sin mentiras ante sus ojos, que estemos dispuestos a seguir creciendo, y que le pidamos a Él lo que todavía no podemos lograr (EG 153)⁹.

⁹ En los números 37-39, Francisco ha recordado la doctrina sobre la gradualidad y la jerarquía en las normas morales y en las verdades que se anuncian.

Dios utiliza nuestra debilidad —que frecuentemente aflora cuando somos escuchados por otros— para hacer presente su fuerza en nosotros:

La falta de un reconocimiento sincero, dolorido y orante de nuestros límites es lo que impide a la gracia actuar mejor en nosotros, ya que no le deja espacio para provocar ese *bien posible* que se integra en un camino sincero y real de crecimiento (GE 50).

3.4 Un pilar imprescindible: la libertad

La relación de acompañamiento se funda sobre un pilar imprescindible para ambas partes: la libertad. En ella insiste Francisco con frecuencia: hablamos de «procesos de personas que son siempre únicas y libres» (CV 183). Libertad al expresarse y libertad frente a la dependencia. Es tradición que el director espiritual *se elige*. Es el acompañado quien *pide* serlo (porque siente la necesidad, porque quiere dar pasos en su vida cristiana, porque ha oído hablar del acompañamiento...). Si alguien se ofrece a acompañar, debe hacerlo con un tacto infinito y un respeto absoluto a la decisión de la persona. Estamos tratando con lo más sagrado, el interior del hombre. Y uno no se confía a cualquiera. Hay que garantizar ese ambiente de libertad donde uno pueda expresarse.

Por lo mismo, resulta conveniente, al comenzar un acompañamiento, darse un tiempo, un margen, dos o tres encuentros para ver si la relación podrá salir adelante, si se cumplen las condiciones y hay posibilidades. En todo caso, si el acompañado no desea continuar, que no se sienta sutilmente presionado a hacerlo. Esto no significa abandonar a la primera dificultad: le suponemos al acompañado, como hemos visto, un *deseo de más*, de avanzar en el seguimiento y superar los problemas.

Puede pasar también que la relación se extinga pasado un tiempo prolongado, porque el acompañante agote sus recursos, porque no sepa responder a una determinada situación... A veces el acompañante «tiene que desaparecer para dejar que él [el acompañado] siga ese camino que ha descubierto» (CV 296). En ese caso, la libertad vuelve a ser fundamental para ambos: para que el acompañado pueda comunicarlo sin sentirse censurado; y para que el acompañante no se sienta «atado» a su «discípulo» ni minusvalorado por la separación. Es bueno recordar a Juan Bautista. Inconscientemente podemos crear dependencias: «Resulta fundamental que quien ofrece este servicio tenga una relación ordenada con su propio mundo afectivo»¹⁰.

¹⁰ G. FORLAI, *La compagnia dello Spirito. Breve introduzione alla direzione spirituale*, AdP, Roma 2017, 30.

3.5 *Ante tierra sagrada*

Coincidiremos en que se trata de uno de los regalos más hermosos de nuestro ministerio: que una persona nos permita ser testigo del paso de Dios por su vida. El otro es siempre tierra sagrada ante la que hay que descalzarse (cf. EG 169). La ayuda que podamos prestar como acompañantes se convierte en experiencia espiritual para nosotros, que también somos discípulos: descubrir la acción del Espíritu Santo permite al acompañante releer su propia relación con el Señor y no calcar sobre el acompañado su propio recorrido.

4. Algunos grupos a los que prestar atención

Decíamos que Francisco plantea las claves del acompañamiento y del discernimiento en todos sus planteamientos pastorales y espirituales. Ambos son una constante en sus grandes documentos. Así en el documento *Christus vivit* sobre los jóvenes y su lugar en la Iglesia, como en *Amoris laetitia*, con aquella terna estupenda que plantea en el capítulo VIII: *acompañar, discernir, integrar*.

En nuestro caso, en nuestros ámbitos parroquiales se trata de un acompañamiento «indiferenciado», es decir, no dirigido a un sector concreto de fieles, como puede ocurrir en el acompañamiento de un seminario, una residencia de mayores o un movimiento juvenil, sino destinado a una comunidad diversa, con edades y circunstancias múltiples.

Entre esos destinatarios del acompañamiento, quisiera detenerme en tres ámbitos que me parecen hoy especialmente necesitados de atención.

4.1 *El cuidado de los colaboradores*

«Los discípulos misioneros acompañan a los discípulos misioneros» (EG 173). En la Iglesia, en nuestras parroquias, movimientos, en cualquier actividad apostólica, corremos el riesgo inconsciente de utilizar a las *personas* como *instrumentos* para la evangelización: cuando prima la necesidad de la *eficacia*, cuando urge encontrar quien esté dispuesto a asumir tareas, podemos olvidar el cuidado de la persona. Nos toca detenernos a *cuidar la espiritualidad* de los colaboradores: la espiritualidad entendida, como venimos diciendo, como «la vida en el Espíritu», la vida cristiana integral, *toda la vida* llevada por el Espíritu Santo, a imagen de la vida que es Jesús. También nuestros catequistas, voluntarios de Cáritas, visitantes de enfermos, necesitan constantemente que no se apaguen las brasas.

El cuidado especial de los agentes de pastoral los convierte en destinatarios de una propuesta de acompañamiento espiritual propiamente dicho, no solo de reuniones de la formación «técnica» para la tarea que desarrollan, sino de un cauce de ayuda para el discernimiento cotidiano en su propio seguimiento de Cristo. La conveniencia de que quien está llamado a cuidar a otros sea cuidado a su vez es

una responsabilidad de quien está a cargo de la comunidad. Quizás no sea posible mantener con todos una relación de acompañamiento. Quizás sí sea posible intentarlo con algunos.

4.2 Acompañar los laicos en tareas seculares

Nuestras prioridades pastorales de este curso nos recuerdan algo que ha estado históricamente muy presente en nuestra vida diocesana: la importancia del apostolado seglar y de la presencia pública de los cristianos laicos. La exhortación apostólica *Christifideles laici* (1988) insistía en que la «índole secular» distingue al laico «sin separarlo del presbítero o el religioso [...]. Ciertamente, *todos los miembros* de la Iglesia son partícipes de su dimensión secular; pero lo son de *formas diversas*». En el mismo punto desarrollaba qué se entiende como condición secular, que es para los fieles laicos, «el lugar en que les es dirigida la llamada de Dios»:

El «mundo» se convierte en el ámbito y el medio de la vocación cristiana de los fieles laicos [...]. No han sido llamados a abandonar el lugar que ocupan en el mundo [...]. El ser y el actuar en el mundo son para los fieles laicos no solo una realidad antropológica y social, sino también, y específicamente, *una realidad teológica* y eclesial (ChL 15).

El mundo se convierte así en un *lugar teológico*, que no nos aleja de Dios, sino que se convierte en ámbito de la experiencia de Dios, del encuentro con él. Es imprescindible considerarlo así al abordar la cuestión del *discernimiento*. Ni el Concilio ni el magisterio posterior describen el laicado al filo del dualismo *sagrado-profano*, sino que acentúan la ley de la encarnación: para definir —y consiguientemente, para acompañar— a los laicos el punto de partida será la situación en que se encuentran, las coordenadas normales de la vida familiar, social, cultural, política, etc. El bautismo, que los hace participar de las funciones de Jesucristo (cf. ChL 14), no solo no los libera de las tareas terrenas, sino que se las hace asumir con una nueva motivación, por la misión cristiana que se les confía.

Sin embargo, en la mayor parte de las comunidades de nuestro entorno se sigue animando a los laicos con mucha más frecuencia a integrarse en las tareas parroquiales que a la presencia en la sociedad. En su exhortación apostólica, el papa Francisco se lamenta de que la participación de los laicos «no se refleja en la penetración de los valores cristianos en el mundo social, político y económico. Se limita muchas veces a las tareas intraeclesiales sin un compromiso real por la aplicación del Evangelio a la transformación de la sociedad» (EG 102; ChL 2 ya se hacía eco de esta «tentación»).

Ciertamente los laicos implicados en las tareas seculares (política, asociaciones, educación, empresa...) se suelen encontrar «entre dos aguas»: con

frecuencia ni la Iglesia y sus ámbitos de acción los consideran «totalmente suyos», sino parcialmente «del bando contrario». Las decisiones en esos campos nunca son «químicamente puras» y conllevan un grado inevitable de ambigüedad. Pretender no «mancharse las manos» supondría no dar pasos. Precisamente esa cierta indefinición requiere un acompañamiento más cercano, personal o de grupo.

4.3 *El acompañante como destinatario de acompañamiento*

Cualquier librito sobre el acompañamiento, cualquier curso al que uno acuda, el magisterio pontificio, los directores espirituales de seminarios, los delegados del clero, todos coinciden en algo que parecería una cuestión de Perogrullo: también el acompañante —o especialmente él— necesita ser acompañado en la fe. En particular, quienes por vocación y por el sacramento de la Iglesia escuchamos, atendemos, orientamos a las personas y escrutamos el horizonte de la comunidad no somos sino otros discípulos frágiles, con nuestras propias luchas y perplejidades —lo sabemos bien— que caminamos con el resto del Pueblo de Dios en el seguimiento de Cristo. Y, como al resto del Pueblo de Dios, nos hace bien confrontar nuestra vida con alguien que sirva de testigo de seguimiento.

El 6 de agosto de 2019 el papa Francisco nos dirigía una carta a los sacerdotes con motivo de la fiesta del cura de Ars. Se ve que era un documento especialmente *suyo*, fresco, de su mano. A mí me hizo bien. Si lo habéis leído, el Papa se centra en cuatro puntos: dolor, gratitud, ánimo y alabanza (darían para unos días de retiro). Hubo un momento que me llamó especialmente la atención: el Papa habla de mantener los dos *vínculos* que constituyen nuestra identidad, el vínculo con Jesús y el vínculo con la gente. Cuando habla del vínculo con Jesús, se detiene *precisamente* en el acompañamiento espiritual:

En este sentido, quisiera animarlos a no descuidar el acompañamiento espiritual, teniendo a algún hermano con quien charlar, confrontar, discutir y discernir en plena confianza y transparencia el propio camino; un hermano sapiente con quien hacer la experiencia de saberse discípulos. Búsquenlo, encuéntralo y disfruten de la alegría de dejarse cuidar, acompañar y aconsejar. Es una ayuda insustituible para poder vivir el ministerio haciendo la voluntad del Padre (cf. *Hb* 10,9) y dejar al corazón latir con «los mismos sentimientos de Cristo» (*Flp* 2,5). Qué bien nos hacen las palabras del Eclesiastés: «Valen más dos juntos que uno solo... si caen, uno levanta a su compañero, pero ¡pobre del que está solo y se cae, sin tener nadie que lo levante!» (4,9-10).

Quizás mantenemos el acompañamiento desde siempre; quizás acudimos a él esporádicamente, en ocasiones de urgencia, o quién sabe por qué lo abandonamos hace tiempo. No hay «datos» objetivos sobre la cuestión, quizás por nuestro pudor a hablar de estos asuntos entre nosotros, pero sí ronda una cierta

conciencia de que, en general, no somos, digamos, *los beneficiarios más asiduos* del acompañamiento...

Aparte del propio bien que nos hace, Francisco recuerda que el acompañamiento que recibimos se convierte en la mejor escuela para ofrecer el mismo servicio. «La propia experiencia de dejarnos acompañar y curar, capaces de expresar con toda sinceridad nuestra vida ante quien nos acompaña, nos enseña a ser pacientes y compasivos con los demás y nos capacita para encontrar las maneras de despertar su confianza» (EG 172).

No convenceremos solo a fuerza de repetirlo; solo nos convencerá la experiencia positiva de abrirnos ante un *hermano mayor* que nos escuche, nos advierta de los engaños del camino, nos anime en los cansancios y nos ayude a entender que todo es gracia.

No cuidarnos supone el riesgo, como les pasó a aquellos dos discípulos que salían de Jerusalén, de desanimarnos, perder la mirada correcta de la realidad y echar a andar hacia Emaús, en dirección equivocada. Menos mal que siempre nos sale al paso el Caminante que se nos suma, nos explica las Escrituras y logra que nos arda el corazón.

José Emilio Cabra Meléndez